

Al oído de la cordillera

Ignacio Piedrahíta Arroyave



LETRA X LETRA

Piedrahíta Arroyave, Ignacio, 1973-

Al oído de la cordillera / Ignacio Piedrahíta Arroyave. --
Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2011.

142 p. ; 22 cm. -- (Letra x letra)

1. Novela colombiana 2. Suramérica - Descripciones y viajes I.

Tít. II. Serie.

Co863.6 cd 21 ed.

A1284195

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Al oído de la cordillera

Primera edición: abril de 2011

Quinta reimpresión: agosto de 2017

© Ignacio Piedrahíta Arroyave

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 #7 sur-50, Medellín

Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-089-8

Ilustración de carátula: Jaime Andrés Ramírez, "Cachorro".

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Editado en Medellín, Colombia

*Grandes cosas suceden
cuando hombres y montañas se encuentran.
Cosas que no suceden a empujones en la calle*

William Blake
Poemas del manuscrito de D.G. Rossetti. Parte II, CIX

Para Clara, mi abuela

Valle

Estar en movimiento me relaja, me tranquiliza. El bus no ha recorrido más que un par de horas y ya siento los efectos sedantes del desplazamiento. No sé por qué me ocurre, pero lo disfruto. El valle del río Cauca, estrecho y encañonado en este trayecto, me provoca una sensación adicional de seguridad. A los costados de la vía desfila una vegetación vigorosa. La carretera es una cinta negra y serpenteante que cruza el verde húmedo de la montaña. A través del vidrio frontal del bus puedo ver cómo el camino sucumbe bajo las ruedas. El lugar que ocupo, al frente, me permite verlo todo como en una pantalla en la que se proyecta la realidad.

El chofer conduce con destreza por la vía silenciosa. Sus brazos fuertes y sus movimientos precisos evidencian maestría en el oficio. A su lado, de pie sobre la escalerilla, el ayudante —ceñudo, certero, muy bien peinado—, cual guía de río que ausculta las aguas en busca del peligro oculto, se fija en el carro que viene en contravía, la piedra caída, el hueco.

Percibo en el desplazamiento, en el verde selvático y en el conductor, buenos augurios. Me alegro, pero siento que no es otro pensamiento que el de quien ve perfección en todo lo que está lejos de casa, en todo lo ajeno. Sentirlo, no obstante, es saber que me encuentro realmente en la carretera.

Noto que el bus disminuye velocidad: descorro la cortinilla de la ventana, me agacho para ver con claridad, estoy atento a los comentarios del conductor y del ayudante. Delante de nosotros hay una corta fila de vehículos. El chofer, sin contrariarse, apaga el motor. Tanto él como los pasajeros estamos enterados de los destrozos del invierno en la región. De modo que cada quien, resignado, permanece en su lugar. A espaldas de las butacas delanteras donde viajo no se escuchan más que diálogos ocasionales, suspiros, algún zumbido de cremalleras.

Por primera vez reparo en mi compañera de asiento, una mujer menuda, rubia, vestida con ropas de color claro. Al parecer, una extranjera que va de paso.

La puerta del bus permanece cerrada, y el aire acondicionado, funcionando. Afuera, un motociclista hace negocio con la venta de café. Mientras atiende al carro que está estacionado delante de nosotros, su moto, mal apoyada, se va inclinando hasta venirse abajo. El termo rueda por el pavimento y va a descansar en un charco verdoso, cubierto por una nata de visos tornasolados de aceite de motor. Él lo recoge como si nada, sirve dos pocillos y los entrega a unos clientes que acaban de llegar. Entretanto, uno de los pasajeros pide desde el fondo del bus que pongan una película para matar el tiempo. El conductor, con la misma desenvoltura con que ha venido enfrentando las curvas, le responde:

—¿Película? Película es lo que estamos viendo aquí.

Los que estamos enfrente reímos entre dientes.

—¿Podemos bajar? —le pregunto.

—Hágale —me dice—, que esto va para largo.

Estira la mano y acciona un botón. La puerta se abre en medio de un chiflido.

Desciendo. Me golpea una ola de calor y humedad. Liso e inmune en apariencia, el asfalto es en realidad arrugado y caliente: sobre su superficie agrietada hay manchas, piedritas, fragmentos de vidrios rotos.

Por otra parte, la vegetación, que desde el bus en movimiento parecía una mera escenografía al costado del camino, se presenta ahora ante mis ojos como un ser vivo, abundante y provocador. Árboles no muy viejos pero estirados se levantan junto a otras plantas más pequeñas de hojas amplias; arbustos, pastos, espigas, el caos vegetal del trópico.

De la parte baja del bus se oyen traquidos de latas que se enfrían e invitan a agacharse y dar un vistazo a su desnudez. Las voces de otros pasajeros que me han seguido tienen una sonoridad apagada y extraña en el espacio abierto. Mientras tanto, el rumor del río contra su lecho de piedra se escucha no como un sonido propio e independiente, sino como una más de las vibraciones de los distintos tonos de verde que atraviesan el paisaje.

Uno a uno, los pasajeros nos vamos acercando al derrumbe.

En remplazo del corte de la carretera hay una sola cuesta que remata unos metros más abajo en los torbellinos del río, hinchado por los aguaceros de fin de año. En la tierra expuesta gravitan árboles arrancados de raíz y rocas removidas de la montaña. La lluvia, valiéndose de llenar poro a poro la tierra, la ha hecho pesada e inestable hasta provocar su caída, desgarrándola.

Una obra hermosa de la naturaleza, sin duda, aunque insensible a las prisas de los viajeros.

Me acerco hasta donde hay un grupo de gente que mira, como hipnotizado, las enormes máquinas trabajando sobre

la tierra revuelta. Sus giros desafiantes, su ruido infernal y la sincronía general de sus movimientos, representan una siniestra pero atractiva coreografía. El sol comienza a caer por un costado y el polvo y el hollín expulsado por los tubos de escape parecen absorber mucha parte de la luz, dando la impresión de que no son las tres de la tarde, sino las cinco.

Pronto corre la voz de que solo antes del anochecer estará habilitado el paso. Me aparto y voy a sentarme sobre un armazón de concreto al borde de la vía. Por debajo pasa un pequeño arroyo que proviene de la montaña y se pierde entre los altos matorrales antes de caer al río. Por la exigua cañada sube ya no el rumor del río sino la fuerte turbulencia de la corriente al despeñarse contra su cauce rocoso. Cierro los ojos por un momento y me parece ver las sucesivas explosiones de agua en un intento por batir con su blandura la eterna roca. Mi mano ha tomado una varita y se pone a trazar figuras al azar sobre el pavimento.

Algunos pasajeros se han disgregado entre los carros, otros permanecen cerca del deslizamiento. Mi vecina de asiento en el bus, la rubia, pasa frente a mí alejándose por la carretera. Tras ella deja un leve perfume.

Enfrente de donde estoy sentado, como una pared a lo largo de la vía, hay una barranca de piedra y tierra: en la parte baja está la piedra, fresca y dura, y en la parte superior, la tierra, de color amarillo, ocre. Es la misma tierra descompuesta que se ha hecho polvo. Más arriba, el suelo negro separa la barranca del pasto que crece sobre la superficie de la montaña. El suelo y el pasto son la piel de la tierra, y la barranca es como un tajo que marca el acceso al secreto que hay en su interior.

De repente caigo en la cuenta de que he estado aquí en mis años de estudiante. Ahora vuelvo, por casualidad, quince años después. ¿Qué ha pasado en mi vida, que esa tierra no haya sufrido? Salto más atrás, a los motivos que me llevaron a estudiar geología: conocer lugares extraños, tener aventuras; ir, vencer, y volver. Eso no estaba más que en mi mente —y en las novelas de aventuras que alimentaban esos sueños—. Ejercí la geología por poco tiempo y luego la abandoné.

La roca que tengo enfrente está partida, fracturada. Está cruzada por unas líneas rellenas de una tierra más clara. Allí hay metales, hay oro. Toda la montaña está llena de oro, en especial en un lugar cerca de allí, más al sur, donde están las minas. Mi mente salta a las prácticas de campo que hice con mis compañeros, pero algo me distrae. Es la rubia, de vuelta, de pie junto a mí, sonriendo. Su pelo y sus ojos azules resaltan de tal manera que es difícil observar su figura como un todo. La invito a sentarse a mi lado, pero ella permanece de pie mientras exclama:

—¡Qué problema!

La miro en silencio mientras hago conjeturas sobre su acento. Al instante, ella agrega que es francesa y que está de visita por el país.

—¿Cómo te ha parecido? —le pregunto.

Ella resopla, abriendo sus enormes ojos, en señal de satisfacción.

Tras un corto diálogo quedamos en silencio. Ella parece entenderme, pero le cuesta hablar. Creo que se marchará en cualquier momento a causa de mi indiferencia, pero permanece allí e intenta construir una frase de la que no puedo entender una palabra con las letras “p” y “g”.

Acerco el oído tratando de descifrarla, hasta que creo dar con ella:

—¿“Peligroso”? ¿Si esto es peligroso por aquí? —ella asiente, aliviada.

—¡No, peligroso no! —le respondo, negando con la cabeza.

Yo mismo me sorprendo de la contundencia de mi respuesta. ¿Acaso, no hay problemas por todas partes en el país? ¿No los ha habido siempre, desde que tengo memoria? He respondido con el afecto que tengo por esas montañas, que me impide considerar siquiera las sutilezas de la realidad.

Sin embargo, tampoco le he mentido, pues sé que allí nada nos va a pasar.

Ella se ha quedado de nuevo en silencio. Me pregunto si quiero retenerla con alguna pregunta, pero es ella la que habla —esta vez claramente, como si hubiera preparado la frase en su mente y ensayado—:

—¿Sabes dónde puedo conseguir marihuana?

Naturalmente, me toma por sorpresa. Debo haberla mirado de manera extraña, pues ella se avergüenza un poco. Para aliviar la situación, sonrío.

—Tienes que comprarla en la ciudad —le digo, mirándola de nuevo, reparando en ella de arriba abajo. ¿Qué es lo que ha visto en mí para que se sienta en confianza de hacerme esa pregunta? De alguna manera, me siento halagado.

—Voy a dar un paseo por la montaña. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Por la montaña? —repite ella.

—Sí, por ahí —le digo, señalándole los pastos verdes que se levantan sobre la vía.

Mi invitación no es parte de un plan, no es una estrategia. Simplemente, quiero caminar.

Ella mira hacia la montaña, luego hacia los buses, la gente, el derrumbe. Durante esos segundos, caigo en la cuenta de que le he hecho una propuesta disparatada. Espero pues que la rechace, pero de su boca sale un sí, en medio de sus hombros levemente levantados.

Caminamos por la vía asfaltada en dirección contraria al derrumbe, hasta que la barranca de la montaña desciende al mismo nivel de la carretera. Atravesamos el alambre de púas que marca el lindero de la vía y entramos en un potrero donde el pasto crece descuidadamente a la sombra de los árboles. Sin duda estos terrenos son parte de una finca, pero no hay nadie por allí que pueda detenernos.

Mientras caminamos bajo las ramas, el canto de las chicharras, ese himno apasionado de los machos que desean aparearse antes de morir, convierte nuestro silencio en una obligación.

Nos hallamos en realidad en una pequeña hondonada que va cerrándose en dirección a la montaña, de modo que nos vemos obligados a remontar una de sus laderas. Elijo la cuesta de la izquierda para no seguir alejándonos, a pesar de que su fuerte pendiente no es la más llamativa. Debemos agarrarnos de raíces descubiertas y manojos de pasto para poder ascender. Por mi parte, al tocar la tierra con las manos y sentir su textura granulada, experimento una secreta bienvenida de la naturaleza.

Mi compañera, a pesar de ser pequeña y liviana, no se echa atrás en ningún momento. Usa los codos y las rodillas para trepar y solo tengo que darle la mano en el esfuerzo final, para ponerla de un jalón sobre la cima. Aunque el sol ha perdido ya parte de su fuerza, sobrevive en el aire un calor estancado, suficiente para hacernos traspasar.

Sin perder ni ganar altura continuamos andando por la montaña cubierta de pastos, ya sin árboles. Desde allí observamos el río turbulento, de color café, cuya extensión permite a la imaginación hacerse una idea más clara del valle encañonado.

Le explico que del otro lado está la cordillera Central, y que aquí estamos en la Occidental. Y que ambas hacen parte de la cordillera de los Andes.

—Los Andes entran al país como una sola serranía, y luego se van dividiendo —le digo, inspirado por la vivacidad con que ella asiente a mis palabras, aunque no esté seguro de que me entienda.

Conservo la delantera mientras caminamos. Ella va detrás, obligada a andar de manera apresurada por mi zancada más larga. Caminamos por donde no hay más que referencias enormes: cordilleras, bosques, ríos. Sin embargo, no son las cadenas de montañas las que entregan a la mirada una idea unificada del paisaje, sino el valle que forman sus flancos. Con su forma pronunciada y vertiginosa, este se presenta como una brecha en la continuidad de la tierra, negando ser apenas una pausa en el relieve. Siento que nuestras miradas están atrapadas por sus paredes y que inevitablemente confluyen en el fondo, en el río, que las vence con el poder de su lujuriosa humedad.

Unos pasos más adelante nos hallamos sobre la corona del derrumbe, desde donde se pueden ver los viajeros a la espera. A pesar del ruido lejano de la maquinaria puedo sentir su respiración agitada. Su pecho, apenas insinuado, se hincha a cada resuello. ¿Qué significa estar allí con una desconocida, mirando al valle? Acabo de empezar un viaje, ¿y ella? Conozco aquella zona, creo saber qué hay bajo mis pies.

—¿Para dónde vas? —me pregunta.
—Hasta donde mueren las montañas —le digo.
—O donde nacen... —replica ella, sonriendo.

Concedo que esa respuesta me ha cautivado.

Seguimos caminando. No puedo evitar pensar en la historia geológica de aquella zona. En algún momento tuve que aprenderla.

Sé que la gran montaña sobre la que ahora caminamos recibe el nombre de “stock de Marmato”. El término *stock* se refiere a un gran cuerpo de roca ígnea, y Marmato no es más que una población asentada en sus laderas, un asentamiento de mineros que durante siglos han buscado el oro alojado en las entrañas de la montaña, en sus *venas*. El hombre, que codicia el oro como a su propia vida, le ha dado este nombre a las fracturas donde se encuentra el oro, tal como si se tratara de sus propios conductos sanguíneos.

A veces, mientras avanzamos, nuestros cuerpos se tocan de manera involuntaria. Siento de nuevo su perfume desconocido, mezclado con el aliento de su respiración. Su pelo rubio es extraño a esas montañas a pesar de su semejanza con el oro; y el azul de sus ojos no puede buscar correspondencia en las aguas del río, café como cualquier corriente tropical. Sin embargo, ese exotismo resalta su naturaleza descomplicada y entusiasta. Ella es leve como una pluma, y se deja llevar sin temor.

—Por estas montañas anduvo un francés famoso —le digo.

—¿Perdón? —me dice ella.

—Fue Jean-Baptiste Boussingault —continúo, hablándole no de manera más sencilla sino más suavemente—. Vino hace

unos dos siglos, recorrió las minas y dio consejos sobre su explotación. Y se dio el lujo de darle nombre a un mineral. Es un mineral formado por la unión del azufre con el hierro y el zinc, al que llamó “marmatita”, por el pueblo.

Sé que esas muestras de erudición no son otra cosa que una carencia de recursos para ocultar de otra manera mi encanto por su silenciosa compañía.

Avanzamos un trecho y luego nos detenemos a mirar las montañas, para retomar otra vez el sendero. Los comentarios del paisaje, breves de por sí, se han ido abreviando cada vez más, como si la conversación larga perdiera su forma al quedar extendida sobre el camino. Nos basta nada más que un gesto para darnos a entender las impresiones que el valle nos suscita a cada paso.

Para mostrarle que no iremos muy lejos, le indico con la mano que regresaremos por la orilla del río. Ella me mira y me regala su vacilante sonrisa. Hasta ese momento me he engañado. Su expresión cándida no es muestra de ingenuidad; al contrario, es la manifestación de su independencia y desprendimiento interior. ¿Cuál, de todas estas impresiones que surgen en mi mente, será cierta? Para mí, su fuerza está oculta como el encanto de la tierra.

Los arroyos que bajan de la montaña hacen que la amplia cuesta parezca un faldón ondulado. De ahí que el potrero por donde vamos comience otra vez a descender hacia una hondonada, esta vez por medio de una suave pendiente. Bajamos lentamente hasta llegar al fondo. Pasa por allí un hilo de agua que discurre sin prisa, bañando piedras pequeñas cubiertas de líquenes y musgo. La luz ya tenue de la tarde se hace casi oscuridad bajo las ramas de los árboles. Y el

agua parece, más que reflejar lo que queda de brillo, emitir un débil resplandor.

Aguas abajo puede verse ya la carretera, en ese cuadro extraño que significa tener la naturaleza en primer plano y una muestra de civilización al fondo. Sobre la vía se hallan estacionados los carros que viajan en sentido opuesto, con las puertas abiertas y sus ocupantes circulando alrededor como una pequeña comunidad. Debemos pasar del otro lado para volver por la franja de tierra comprendida entre la vía y el río. Siento que los viajeros nos lanzan miradas desconfiadas mientras cruzamos entre los automóviles. Mis manos guían a mi compañera sutilmente —se posan sobre su cintura, sobre sus hombros, para que no se detenga, para protegerla—. ¿No soy yo, más bien, el que mira con desconfianza? En la montaña, cuando he visto la gente a lo lejos, me he sentido más a gusto.

Hasta el río, por un sendero apenas insinuado, hay unos veinte metros poblados de una mezcla de árboles, arbustos y pasto alto que crece en los descampados. Los rápidos de la corriente producen, mucho más que un murmullo, un ruido amenazante cuyo poder oscila según los saltos de agua.

—Vamos a darle una mirada al río —le digo, esperando de ella una aprobación entusiasta, que obtengo enseguida.

¿Qué es lo que me resulta en ella tan atractivo? ¿Que se haya puesto en mis manos?

Accedemos difícilmente hasta la orilla asomándonos por un pequeño alto de piedra. Siento la brisa fresca, como de lluvia, que se levanta de la corriente. El agua tumultuosa, sin embargo, no entrega una sensación de tranquilidad. Esa zozobra, sumada a un ejército de mosquitos hambrientos, nos obliga a dar marcha atrás rápidamente. Sin duda, el

río se contempla mejor a la distancia, donde uno se siente capaz de asimilar su fiereza.

El sendero se alarga paralelo al río y no solo tiene huellas de ganado sino que muestra aquí y allá boñiga no del todo seca. Alguien parece estar aprovechando esa escasa franja de tierra para alimentar sus animales. Cruzamos el paso del derrumbe por su parte más baja, caminando sobre la tierra removida. Por encima de nuestras cabezas se alcanza a escuchar fuertemente el ruido de la maquinaria.

Aún cubiertos por los arbustos, pero ya cerca de nuestro punto de partida, ella me corta el paso. En las palabras que salen de su boca adivino gratitud. De pronto me señala un lugar cubierto de pasto y me invita a sentarme. El atardecer se ha metido ya bastante y dudo que tengamos tiempo, finalmente me niego. Sin embargo, ella insiste.

Nos sentamos frente a frente sobre las espigas de pasto inclinadas por las vacas. He ignorado su verdadera intención hasta que la he visto sacar un diminuto cigarro de un bolsillo de su pantalón, sucio de tierra en las rodillas. Un encendedor quema las hojas aceitosas de la hierba. En el rostro de ella ha aparecido su propia aventura. Me entrego entonces a ella. Es mi turno de aspirar el humo tranquilo, un aroma dulzón que se va hermanando con los perfumes de las plantas cercanas. Los tonos verdes y el estrépito del río crecen en mis sentidos. Reímos.

En medio de la ensoñación no es un acto de atrevimiento tocar con mis dedos sus manos blancas, acariciar su pelo, y pedirle que me mire con el azul intenso de sus ojos, que se profundiza al acercarse a sus pupilas enormes. Percibo su delicado aroma y devuelvo con morosidad sus sonrisas llenas de inocente misterio. Ensayo algunas palabras en

francés entornando mis labios a la manera de los suyos, alimentando la fantasía de que nuestras bocas se encuentran en algún lugar. Al mismo tiempo le pido que intente decir algo en español.

—¿Qué quieres que diga? —me pregunta.

—Cualquier cosa —le respondo.

Habla, cierro los ojos. Nunca sabré lo que dijo.

—Ahora, di algo tú —me dice.

Por alguna razón, no salen de mi boca sino obscenidades, que al ser repetidas por ella me hacen estremecer.

Me siento tentado a decirle que sigamos juntos, que no vale la pena separarnos tan pronto. Pero me detengo. Tal vez no haya cabida sino para ese momento, porque el viaje quizá sea precisamente eso: los encuentros, la vida segmentada que nos llega de repente y que, como un torrente sobre la arena, agita nuestro corazón. Ella debe irse tal como llegó, volando como atrapada por un sueño. Y ahí, como estamos, recostados uno en el otro, nuestra pronta separación pasa de generarme ansiedad, apego, a llenarme de ímpetu para continuar el recorrido por el espinazo de la cordillera, a ver qué me tiene reservado.

Ya casi a oscuras escuchamos ruido de bocinas y de voces y salimos de nuevo a la vía. Los enormes camiones hacen rugir sus motores recién encendidos mientras nosotros, de pie sobre el borde del camino, tratamos de hallar nuestro vehículo. Guiados por quién sabe qué mano generosa nos abrimos paso entre la confusión hasta encontrarlo. Nos damos un abrazo rápido antes de subir y ocupar, uno al lado del otro, nuestros lugares. En medio de la noche llegamos a Cali, ella baja. Yo sigo hasta Ipiales, y de ahí hasta Quito, donde espero ver un volcán en erupción.